

Fernando García Ballesteros

EL CRIMEN
DEL LICEO

Barcelona, 1909

Libros de
seda



Bases o condiciones bajo las cuales esta Sociedad admitirá socios de números para el Baile de Máscaras a Beneficio de los damnificados por el terremoto de Sicilia y Calabria que en su local tendrá lugar el 23 de febrero próximo.

1ª El socio recibirá un título que deberá presentar en referendo en cuyo acto le será entregado un billete de caballero y dos de señora mediante el pago de 8,5 pesetas.

2ª Se admitirá a todas las personas que se respeten con máscara o sin ella, con tal de que vayan decentes y que los disfraces no imiten trajes de magistratura, religión, orden militar, ni uniforme. No se tolerará que se disfracen hombres de mujeres, ni mujeres de hombres y a cualquiera que contravenga esta norma se le expulsará del baile por primera providencia, reservándose la Junta de Gobierno el derecho a expulsar del local a cualquier persona por sus modales.

3ª No se tolerará que se haga ruido con campanas, trompetillas u otros instrumentos, ni que se den vueltas violentas que puedan causar daño, ni que se baile de manera que ofenda la decencia, ni con posiciones o figuras indecorosas.

4ª Los palcos de los que se puede disponer se reservarán a los señores abonados. Los sillones de anfiteatro y tercer piso quedarán a disposición de la concurrencia; y los pisos cuarto y quinto quedarán cerrados.

5ª Queda prohibido tirar serpentinas o confeti.

6ª Se repartirán ocho valiosos premios a los mejores disfraces.

Barcelona, febrero 1909

Por A de la J. de G. El vocal secretario Arturo Bulbena.



El asesino cumplió escrupulosamente con las bases del baile.

CAPÍTULO 1



El inspector Ignasi Requesens no pudo evitar traspasar las puertas del Salón de los Espejos, llamado también «el Vergel», con la sensación de que estaba cometiendo una trasgresión grave y vergonzosa. Las risas y los murmullos del gentío se entremezclaban con el susurro de la seda de las faldas sobre el suelo de mármol. En el fresco del cielorraso un melancólico Apolo, sentado en su trono, miraba la fuente de Castalia, donde una ninfa amada había muerto ahogada tiempo atrás y donde las nueve musas de las artes acomodaban los pliegues de sus túnicas de colores. Bajo aquel olimpo parnasiano, algunos hombres fumaban distraídamente apoyados en columnas de mármol recubiertas de bajorrelieves de figuras mitológicas, grifos y arpías, mientras remolinos de mujeres circulaban con un detenimiento calculado para no perder ninguna oportunidad de observar y ser observadas. A veces los ojos sonreían y otras eran púdicamente apartados, aunque las máscaras ayudasen a que las miradas se retuvieran, conscientes del falso anonimato, pues todo el mundo a pesar de los disfraces sabía quién era quién y a cuánto ascendía su renta. Aquí y allá algunos grupitos se habían desgajado de la multitud y charlaban sentados en divanes anaranjados, a medias conscientes de que la extraña sonoridad de aquel lugar lograba que al inspector Requesens le llegaran ráfagas de conversaciones provenientes del otro lado del salón.

—Va vestida de faraona porque con tanta sombra de ojos disimula astutamente las patas de gallo.

Pequeñas risas, pequeñas mezquindades que a Requesens le molestaban tanto como esquirlas de cristal en los oídos, pero a las que debía prestar atención porque sabía que reflejaban una sinceridad descarnada y en ocasiones le habían resultado útiles para esclarecer una investigación encallada.

A un lado del salón, las puertas daban acceso al segundo piso del restaurante del Café del Liceo, donde se habían dispuesto gran cantidad de mesas con todo tipo de viandas y manjares. Al otro lado, las puertas del Círculo del Liceo también permanecían abiertas, pero un par de porteros con vistosas libreas blancas evitaban que accediera cualquier persona ajena a aquel grupo de selectos caballeros. Cómo podían reconocer quién formaba parte y quién no de aquel exclusivo club bajo aquellos disfraces era algo que al inspector se le escapaba.

Era la primera vez que Requesens entraba en el Salón de los Espejos a pesar de que había acudido numerosas veces al Liceo. Y es que las únicas entradas que su mujer y él podían permitirse correspondían a las butacas de los pisos superiores, al cuarto y quinto, desde los cuales tenían prohibida la entrada al resto del teatro. No era posible mezclarse ni siquiera en el vestíbulo, ya que tenían que acceder al teatro por una entrada pequeña y lóbrega en la calle de Sant Pau. La diferencia de clases en el Liceo implicaba una separación física tan absoluta como la de las diferentes castas en un templo hindú. Por ello, mientras hacía aquella ronda, la sensación de ser un intocable en un lugar del templo que no le correspondía no abandonó a Requesens en ningún momento.

Salió del Vergel y se acercó de nuevo a platea. Las butacas se habían cubierto con un piso de madera que servía de pista de baile. Oleadas de máscaras y vestidos se movían y agitaban bajo una doble hilera de arañas de cristal. Nadie se encontraba obligado a bailar y a menudo era mayor el número de gente que charlaba, reía y se asomaba desde los palcos que quienes danzaban. Los palcos del primer anfiteatro quedaban al alcance de la mano y los bailarines tenían la sensación de moverse elevados en el aire. Requesens reconocía que había una gracia inesperada en ellos. Donde debería encontrarse el foso de la orquesta se había dispuesto un servicio de bebidas atendido por los ceremoniosos camareros del Café del Liceo. Trajeados con frac negro y chaleco blanco, se les veía pasear con bandejas en la mano, atareados, haciendo malabarismos para servir las bebidas incluso en palcos y antepalcos.

La orquesta tocaba un vals ruso, *Las colinas de Manchuria*, animando el baile desde un cuerpo saliente de la galería del primer piso,

engalanada con guirnaldas de flores. Se había contratado para la ocasión un gran número de cornetas y tambores, lo que le daba un aire de banda militar a la solemne rectitud sinfónica de la orquesta.

Hubo un receso, una bulliciosa quietud antes de que alguien pidiera que tocaran otro vals, y quienes deseaban bailar permanecieron expectantes ante la decisión del director, que no era el mismo que dirigía habitualmente la orquesta sino uno italiano, más brioso y que sabía ganarse al público con sus ademanes teatrales. La orquesta empezó a tocar un rigodón, una animada contradanza, *El hermoso polaco*, de Musard.

Los palcos rebosaban de gente que miraba aquella función del Gran Teatro del Mundo. Desde uno de ellos, una mujer vestida de ninfa había deshecho la corona de rosas que adornaba su cabello y lanzaba sus pétalos a la pista, realizando figuras traviesas en el aire; estos eran recibidos entre risas por los bailarines, que intentaban capturarlos con manos ávidas.

Requesens observaba aquella vorágine con un distanciamiento no exento de cierta cautela. Le había sido encomendada la seguridad de aquel baile por el Jefe Superior de Policía, el señor Enrique Díaz Guijarro. El inspector había sido considerado desde el primer momento como el hombre ideal. Era discreto, sabía guardar las formas, sus rasgos resultaban a primera vista algo severos, aunque agradables, y cada uno de ellos parecía revelar una cualidad de su carácter: honradez, fortaleza, justicia y paciencia, así como ciertas ideas abstractas sobre trabajo y progreso. Su presencia había sido notificada a Carcasona, el gerente del teatro. Ambos hombres habían hecho buenas migas y se saludaron cuando se toparon el uno con el otro por casualidad, ambos vestidos con trajes negros de confección, de menestral, una pequeña máscara a modo de disfraz y cierta incomodidad por verse obligados a estar allí.

No había policías ni municipales que acompañaran a Requesens. La seguridad del Liceo estaba garantizada por los porteros de cada planta y por los acomodadores y mozos, varios de los cuales dormían en el propio teatro, en unas habitacioncitas del último piso, y que aquella tarde de domingo hacían un extra como el propio Requesens.

Mientras caminaba por el corredor de platea se topó con el apuntador, que se llamaba Jaume aunque todo el mundo le llamaba Lo

Jaumet, con el artículo incluido porque su catalán era de Lérida y hablaba con el «lo» por delante, aunque él siempre hubiera vivido en Barcelona. Era un individuo menudo, de edad indefinible, ligeramente encorvado, algunos incluso decían que parecía hecho así para que cupiera en la concha del Liceo. Iba vestido de arlequín, un disfraz de lo más apropiado para él. Al verle uno tenía la sensación de hallarse ante un bufón, pero pocos sabían que, como los bufones shakesperianos, tenía una de las mentes más preclaras, inteligentes y cultas que había en el teatro. Iba acompañado de un hombre alto que parecía darle el contrapunto, como si fueran una pareja cómica, disfrazado de una manera ambigua que tanto podía ser de bruja como de mago del medievo. Su disfraz era de un lila subido de tono y llevaba un báculo y un sombrero de tres picos. Se llamaba Manolo Martínez y era el regidor del Liceo.

Requesens siguió la ronda por el corredor del primer piso, que daba acceso a los antepalcos. Las puertas estaban abiertas y dejaban ver a hombres que jugaban a las cartas, puros humeantes, voces roncadas que recorrían octavas completas de ambiciones masculinas satisfechas. Si lograban un buen tanto se palmeaban los unos a los otros y se recolocaban sin disimulo sus partes. Se oía hablar sobre negocios, sobre los minerales del Rif, los telares húngaros, el envío de armas a Serbia, la Compañía del Norte... Todo parecía ser válido en aquellos palcos inviolables.

A medida que Requesens se acercaba a los palcos de proscenio, conocidos como «las bañeras», los más exclusivos, los más cercanos al escenario y que parecían volcados sobre la orquesta, los disfraces se tornaban más excéntricos, las alhajas más pesadas y las risas más seguras de sí mismas. Los palcos se acababan de remodelar y los adornos de pan de oro trepaban como una hiedra dorada que refulgía a la luz de las lámparas en forma de dragón. Allí la visibilidad era una cuestión cuanto menos delicada, ya que desde el primero y el segundo se perdía la visión del interior del escenario y desde los más altos apenas se podía distinguir nada. Pero nada de ello importaba, porque al fin y al cabo quien disponía de aquellos asientos deseaba ser visto más que ver, mostrarse, verse admirado, porque resultaba imposible asistir a una función y que la mirada no se dirigiera a observar a quien allí tan regiamente se hubiera sentado.

En el Liceo no había palco real. Tras el incendio de 1861 una comitiva de prohombres que formaban parte de la Sociedad de Propietarios y eran los dueños, las familias que con su dinero habían levantado el Liceo, se había entrevistado con la reina Isabel para conseguir fondos con los que restaurar el teatro. La Reina se preguntó para qué quería ella un palco en una ciudad tan alejada y que apenas visitaba, y no contribuyó a sufragar con ningún real su reconstrucción. Muchos afirmaron que era mejor así, pues de este modo no se habían visto obligados a introducir una asimetría en aquella perfecta herradura de oro y terciopelo rojo.

Pero, aunque oficialmente no hubiera ningún palco real, ello no significaba que no hubiese ningún palco dotado de esa aura de poder. Y el palco al que todos anhelaban ser invitados era el de Victoria, condesa viuda de Cardona y, por derecho propio, baronesa de Ribes y señora de Fluxà. Su palco era el segundo de proscenio, el de la izquierda, y había pertenecido durante generaciones a la antigua y venerable familia de los barones de Albí, hasta que, extrañamente, había sido vendido a Victoria en una operación que había levantado todo tipo de rumores, conjeturas e incluso objeciones.

Requesens era consciente de que se acercaba a aquel poder como un insecto hacia una flor exótica cuyo olor dulzón resulta atrayente y peligroso a la vez. Había otros antepalcos, como el de los López Bru, marqueses de Comillas, pero en ninguno de ellos se registraba el ir y venir, la frenética actividad y la sensación de hallarse en una audiencia. Durante una pequeña algarada, alguien salió, alguien entró y en menos de lo esperado Requesens, un hombre que había lidiado con criminales y proscritos, veterano de la guerra de Cuba, se vio de repente atrapado en el interior de aquel antepalco. Cabían perfectamente una veintena larga de personas, pero lo que más le llamó la atención fue el olor del lujo, aquella mezcla procedente del espesor del terciopelo, los habanos, el burbujeo del champán y el almidón de cuellos y puños primorosamente planchados. Nadie le dijo nada, pero una copa fue depositada en su mano como por azar. Requesens no la probó, aunque la sujetó distraídamente como había visto hacer a algunos hombres en el Vergel y se dedicó a observar.

Allí se encontraba la condesa de Sert, vestida de dama antigua y adornada con unas esmeraldas que refulgían con el subir y bajar de

su pecho ante un comentario maldiciente sobre la marquesa de Torroella de Montgrí, disfrazada de Ana de Austria. Isabel Llorach iba vestida de hechicera de Oriente; la marquesa de Alella de baraja francesa y su sobrina de napolitana; la señorita de Castellidosrius, de mosquetera; las señoritas de Ferreter iban respectivamente de gitana y de cracoviana; la señora de Torres de rica labradora catalana y su hija de Ceres; la señora de Rogent, de campesina ucraniana; la señora marquesa de Segarra, de aldeana calabresa; las cuatro señoritas de Fonollar, de dama antigua, de mallorquina, de aldeana de Portici y de pastora; las señoritas Sarriera y de Milans, de griegas, y la señora de Dalmasses, de polaca.

Pero nadie, nadie, podía compararse con Victoria, condesa viuda de Cardona. Iba vestida de Catalina de Rusia. La diadema y la gargantilla que lucía habían pertenecido efectivamente a tan insigne personaje.

Entre los hombres había mayor variedad si cabe. Caballeros de la corte de Isabel de Inglaterra y de Francisco I, figuras de Enrique II, de Caballero del Sol y de dux de Venecia se alternaban con hugonotes, puritanos y templarios, postillones franceses, caballeros de Luis XVI, árabes, marineros napolitanos, cancilleres, pintores italianos, antiguos colegiales de beca de la ciudad de Sevilla y nobles sicilianos. Algunos iban también de capricho, copiados de los figurines de los bailes de la Gran Ópera de París.

Faltaba, sin embargo, Eduardo de Cardona, el hijo de Victoria, a quien en realidad iba dirigida toda aquella munificencia y al que su madre intentaba arrancar del abotargamiento. Eduardo era su heredero y su pasión. Pero todo había sido en balde. Nada parecía lograr rescatarle de su doliente hastío existencial.

A un lado de Victoria estaba Casandra, su hija, con aire de desear estar en otro lugar, vestida haciendo honor a su nombre, de sacerdotisa griega. Miraba a su alrededor como un entomólogo lo haría con una curiosa especie de insecto, curiosa sí, pero ya cien veces vista, analizada y etiquetada.

Y al otro lado de Victoria se hallaba Ernestina Rodríguez de Castro, baronesa de Maldà, vestida de emperatriz de Brasil. Era de naturaleza bondadosa y campechana, y seguramente habría preferido estar sentada en su famoso salón literario de cháchara ligera

con algún que otro literato en ciernes. Pero hubiera sido una temeridad, incluso un acto peligroso, rechazar la invitación de Victoria. Y además tenía un cometido secreto que llevar a cabo.

Frente a ellas, la marquesa de Torroella de Montgrí temblaba nerviosa pero animada, saludando con grititos exhalados con urgencia, dando besos en el pelo o en el aire al juntar las mejillas con otras invitadas. En cambio, las bienvenidas de Victoria eran cálidas, la sonrisa luminosa susurraba a las mujeres con un aire de sutil reproche: «Estás preciosa esta noche», guardando con los hombres cierta distancia no exenta de sensualidad, intercambiando confidencias, riendo, llevándose la mano a un escote generoso, apenas cubierto con un tul casi transparente. Victoria tenía cincuenta y dos años, pero su cuerpo parecía animado por el vigor febril de una vestal adolescente. Se decía que era vulgar, orgullosa de su fabulosa prosperidad, aunque nadie negaría que las oscuras circunstancias de su vida y su astucia natural la hacían mejor compañera de conversación que otras personas de moral superior. Se decía que había posado completamente desnuda para Ramón Casas y que el cuadro se hallaba expuesto en un oscuro club de caballeros inglés. Se decía que era una de las personas más ricas de España, y sin duda la mujer más rica de Cataluña. Se decía que sentía un desprecio íntimo por las normas convencionales. Sí, se decían cosas terribles sobre ella y, sí, casi todas eran ciertas, pero la misteriosa autoridad de la belleza y el dinero le otorgaba una placentera inmunidad, y ante aquellas observaciones Victoria levantaba la cabeza, las apartaba con un ligero movimiento de manos que, sin ser en absoluto teatral, era muy consciente de su poder. Aquella fiesta de Carnaval se celebraba bajo la peregrina excusa de recaudar fondos en beneficio de los supervivientes del terremoto de Sicilia y Calabria ocurrido en el mes de diciembre anterior. Sin embargo, todos sabían que el verdadero motivo era mostrar el poder de Victoria.

De ello era muy consciente la marquesa de Torroella de Montgrí, que acababa de mudarse al paseo de Gracia, cerca del palacio de los Cardona, y se mostraba muy ufana de ello.

—Ya ves, querida, seremos prácticamente vecinas —dijo la marquesa a Victoria con un gorjeo de satisfacción—. Gaudí será un santo, pero como todos los santos está un poco loco, vive más allá que aquí. Esa casa que está construyendo para los Milà parece un

aparcamiento de... de... Cariño... ¿cómo se llaman esas cosas que vuelan? —preguntó a su marido.

—Dirigibles —dijo Victoria sin mirarla, anticipándose a la respuesta del hombre, que apenas se molestaba en seguir los comentarios de su mujer.

—Sí, eso. Yo creo que mucho mejor su casa, dónde va a parar. Puig i Cadafalch. Eso sí que es un arquitecto.

Un hombre vestido de Pierrot entró en el antepalco. Miró en derredor y de pronto se quitó la máscara. Victoria mantuvo la cordialidad, pero se sentó más erguida si cabe. La gente bajó la voz y todo pareció detenerse un instante. En su rostro de muchacho asomaba la melancolía de quienes han sido heridos.

La baronesa de Maldà contuvo la respiración, sorprendida y aliviada a un tiempo. De buena gana se hubiese levantado y le hubiera abrazado, aunque sabía que en aquel momento era imposible.

Casandra habló por primera vez:

—Ismael...

Y se levantó e hizo ademán de acercarse a él, pero recordó que su madre estaba junto a ella. Requesens pudo observar en su rostro la lucha entre la fraternidad, la simpatía y la obediencia debida.

Ismael también pareció darse cuenta y sin querer ponerla en un apuro dio un par de pasos atrás y se despidió realizando una reverencia. La baronesa de Maldà dijo con voz caritativa:

—Al menos sabemos que está bien.

Su marido y ella cruzaron las miradas, sus palabras podían sonar inconvenientes.

La marquesa de Torroella de Montgrí intentó nerviosamente ser lo más agradable posible:

—Es natural, él venía aquí... Hasta que la baronesa de Albí tuvo el buen gusto de venderle a usted el palco.

Victoria se levantó y así lo hicieron el resto de las damas. Guardaba las formas, pero una nube de malhumor enturbió su mirada. Una pequeña flecha de incomodidad, que no de arrepentimiento, había atravesado bordados de organdí, tules y sedas hasta llegar a su corazón, y para arrancársela dijo con autoridad:

—Os he reservado una sorpresa. Aunque para disfrutar de ello deberéis volver cada uno a vuestro palco.

Todos los que se habían congregado en el antepalco se marcharon preguntándose qué sorpresa les reservaba Victoria. Los barones de Maldà no se movieron, ya que ellos habían sido invitados expresamente a permanecer allí.

Victoria agitó ligeramente una mano y al poco tiempo Albert Bernis, el empresario que se encargaba de la temporada teatral, salió de entre el telón no sin ciertos apuros al enredarse con él. La música cesó.

Requesens también había salido del antepalco junto con el grupo y se dirigió de nuevo a platea. Se vio rodeado por un grupo festivo y alborotador que reía copa de champán en mano, todos vestidos de príncipes un tanto alocados, con cierta querencia por el estilo regencia inglesa mezclado con algún rey Luis de Francia. Se les conocía como las Alegres Comadreas y lo comandaba Umberto Rossi, conde de Treviso, un italiano delgado y rubio que se suponía era de origen austrohúngaro. Empezaron a dar vueltas alrededor de Requesens como colegiales divertidos y, pese a que resultaban molestos, este permaneció quieto, sabía mantener la calma; si había sido capaz de aguantar miradas de criminales, bien sabría mantener las de aquel grupo de príncipes locales. No era la primera vez que se las veía con el conde de Treviso, conocido en la ciudad por haber arrastrado tras de sí a un grupo de jóvenes ricos, lo mejor de cada casa, y haber hecho del escándalo un arte. Umberto pareció reconocer al inspector de alguna azarosa ocasión, algún momento poco honorable relacionado con un tranvía que amaneció pintado de rosa, con el conde subido encima, vistiendo tan solo con ropa interior y un bombín a juego con el nuevo color del tranvía, y entonces sonrió con cierta vergüenza, aunque instantes después se recompuso al ver a un conocido y saludó con una afabilidad exuberante a alguien que iba disfrazado de emperador Heliogábalo.

Y frente al escenario, Albert Bernis, vestido de calle, sin disfraz o adorno festivo, tal vez porque consideraba que estaba trabajando, dijo:

—Van ustedes a ver y escuchar la última parte del tercer acto de la ópera *Dido y Eneas*, que se representará en este teatro próximamente.

La ópera de Purcell había encontrado la oposición decidida de una parte del público, y sobre todo de la Junta de Propietarios, que

no estaba de acuerdo con que se estrenara. Era una ópera barroca, difícil, de corta duración, cantada en inglés, algo que sucedía por primera vez en el Liceo ante un público que se entregaba con fervor a la ópera en italiano y que incluso prefería a Wagner en esa lengua. Cantar en un idioma que no fuera italiano se consideraba un sacrilegio. Cantar en inglés..., ¿a quién se le había ocurrido?

Antoni Nicolau, más conocido como «Maestro» Nicolau, director de la Orquesta Sinfónica, tomó el relevo de aquel italiano de aires sicilianos. Los músicos estaban colocados en un lugar no habitual, pero habían ensayado los días anteriores. El telón, que durante todo el baile había permanecido bajado, se levantó majestuosamente dejando ver un suntuoso decorado creado con lienzos pintados a mano que se extendían uno detrás de otro. El decorado contenía todo cuanto la imaginación atribuía a Oriente, incluidas columnas salomónicas, aunque Cartago, de donde Dido era reina, nunca las hubiera conocido.

Un catafalco blanco y dorado, abullonado en sedas y gasas opulentas, ocupaba el fondo del escenario. Más allá, un mar Mediterráneo indolente se extendía por encima de las murallas de la ciudad.

Apareció el coro. Estaba formado únicamente por mujeres, a excepción de un joven mulato que hacía de esclavo. El director de escena, Fernando Gorchs, había decidido con fina ironía que servidoras y esclavo lucieran una fantástica y vulgar profusión de joyas, y los había vestido con ropajes de intensos colores, organdíes y bordados que hubieran hecho palidecer a la mismísima corte de María Antonieta.

Quienes estaban más cerca del escenario guardaban cierta compostura, pero quienes se hallaban en palcos y antepalcos seguían parloteando, riendo, haciendo negocios, criticando al prójimo y jugando a las cartas. Algunas parejas incluso seguían bailando tonatamente y se escuchaban risas y grititos de placer. Voces de hombres pedían a gritos más ponche a los atribulados camareros.

Y de repente apareció Teresa en escena, las manos en la cara, como si se hallara a punto del desgarró. Entonces sonó una celesta y el coro empezó a cantar. Cesó la actividad y todo el mundo guardó silencio. La música se convirtió en un trance, un cántico antiguo.

*EN TU SENO DÉJAME DESCANSAR,
MÁS QUISIERA, PERO LA MUERTE ME INVADE.
LA MUERTE ES AHORA UNA VISITA BIENVENIDA.*

Teresa iba vestida con una simplicidad deslumbrante. Su cabello, peinado como el de una doncella prerrafaelita, caía en ondas a los costados. Apenas una gasa de muselina cubría sus formas. Nada más. Ninguna joya, ningún artificio.

Cuando Teresa Santpere cantaba el mundo parecía contener el aliento. *El lamento de Dido* despertó en el público la necesidad de amor, mostrándoles en cambio la vida tal como era, ciega, fatal e inamovible. Su voz parecía llena de reflejos de agua que se volvían oscuros a medida que la muerte se acercaba. Iba a morir por amor a Eneas, que había partido para dejarla infinitamente sola. Varias servidoras, conscientes de la próxima muerte de su reina, se abrazaban las unas a las otras, compungidas, llenas de joyas, de lapislázulis y rubíes, y se arrodillaban a su paso. Entre el público vibraba una congoja compartida, en comunión con aquella mujer que se iba a sacrificar. Incluso el terciopelo de las butacas, granate oscuro como la sangre añeja o el vino seco, y las lámparas en forma de dragón, parecían a punto de la reverencia ante aquel lamento desconsolado. Dido, consciente de su destino, se recogió el vestido y se tendió sobre el catafalco; las piernas quedaron desnudas, pero nadie hizo observación alguna, tal era la pureza y la inocencia de ella. Su voz lograba el milagro de fundir la desesperación del mundo, las pérdidas irrevocables, los amores no correspondidos.

Solo unos cuantos, tal vez los más fieros de corazón, miraron al palco de proscenio de los condes de Cardona y vieron el sillón de Victoria vacío.

*CUANDO YAZCA EN LA TIERRA
MIS ERRORES NO DEBERÁN PREOCUPAR A TU CORAZÓN
RECUÉRDAME
PERO OLVIDA MI DESTINO*

Acabó el aria. Dido había muerto. El coro cantaba. Así acabó el tercer y único acto que se representó jamás de esa ópera en el Liceo.

El Gran Teatro estalló en aplausos. Teresa se llevó ambas manos al regazo y realizó una discreta reverencia. Todo el mundo sabía de su timidez. La poderosa figura de la reina se desvanecía y volvía Teresa, la chica tímida hija de una costurera del Liceo que había aprendido a cantar escuchando a través de las puertas cerradas del Conservatorio que se hallaba sobre el Círculo del Liceo.

Requesens se echó la culpa a sí mismo horas más tarde. Debería haber estado más atento. La música había removido un dolor lleno de aristas en su interior. Él y Mariona, su mujer, habían perdido a su único hijo de unas fiebres tifoideas apenas unos meses antes. Habían estado cuidándole todo el día y toda la noche con la angustiosa esperanza de que se salvara, sentados al borde de la cama del niño. Pero Daniel murió. Aquella sensación de pérdida absoluta había sido cauterizada por la voz de Teresa. Y ahora que había cesado, y volvía el desorden de la fiesta, Requesens pudo vislumbrar por primera vez qué llevaba al abandono a los borrachos y a quienes se entregaban a los placeres de la morfina. Cuando su mente repasó los acontecimientos de aquella noche no pudo cuantificar cuánto tiempo pasó en ese estado. Media hora, tres cuartos tal vez, no supo decirlo a ciencia cierta.

Pero en aquel espacio de tiempo se cometió un crimen.

Alguien, uno de los propietarios, se quejó de que el telón estuviera bajado. La queja prendió en otro propietario y luego en otro, y pronto se convirtió en un clamor. Eran los dueños del teatro, tenían derecho a bailar y a reír con el fondo de aquel maravilloso escenario. El clamor se convirtió en una exigencia. Albert Bernis, a pesar de ser el empresario, no podía negarse a la solicitud de los propietarios y, tras consultarlo con Carcasona, ambos decidieron subir el telón.

Y el telón se levantó de nuevo.

Un suspiro de incredulidad y exaltación se elevó en el Liceo. La diadema de Catalina de Rusia refulgía bajo las luces. Durante unos segundos, todos se quedaron mirando aquella figura cruelmente expuesta. Victoria de Cardona yacía muerta, tendida en el catafalco en el que antes había estado Dido. Su rostro mostraba un rictus extraño, como si no hubiera podido acabar de hacer algo que se había propuesto, algo de vital importancia.

Los habitantes de aquella Barcelona, que a pesar de todas sus veleidades cosmopolitas en realidad seguía siendo una ciudad pe-

queña, conservadora y formal, se miraron los unos a los otros entre la sorpresa y el pasmo. Aquella sociedad que temía más a un escándalo que a una enfermedad, que valoraba más una conducta decente que el coraje, y que consideraba que no había nada de peor educación que una escena melodramática, descubrió con horror a aquella mujer que tenía a Barcelona a sus pies, a la desposeída hija de un ayudante de veterinaria, expuesta como jamás lo hubiera permitido en vida. Ninguna dama se desmayó porque lo que estaba sucediendo iba más allá de lo concebible.

Un hombre mayor salió corriendo de entre los bastidores y, con agilidad a pesar de su edad, subió por aquel catafalco, se arrodilló y tomó el pulso a Victoria. Requesens se arrancó la máscara, echó a correr, apartó sin miramientos a quienes se cruzaban en su camino y de un salto llegó hasta el escenario.

—¡Soy el inspector Requesens! ¡Que nadie se mueva!

Nadie lo hizo. Alguien había tomado por fin el control. Y aquella sociedad era proclive a seguir órdenes.

—¿Quién es usted? —preguntó Requesens, aunque por las maniobras que realizaba ya imaginó que era médico.

—Soy el médico titular del Liceo y de la familia, el doctor Feliu.

El médico empezó a realizar una valoración del cadáver y al palpar la cabeza notó un tacto húmedo y esponjoso.

—Tiene una herida en la cabeza, a la altura del temporal.

Al retirar la mano vieron que tenía los dedos manchados de sangre. El inspector Requesens y el doctor Feliu se miraron, y reconocieron el uno en el otro que los dos sabían de qué se trataba.

—Ha sido asesinada —dijo el doctor.

Entonces alguien exclamó:

—¡La han asesinado!

Y una voz femenina gritó.

—¡La han dejado ahí para que la veamos todos!

Un grupo empezó a realizar disimuladas maniobras para llegar a la puerta. A aquella sociedad le gustaba obedecer, pero todavía más salvar el pellejo.

Todo el mundo empezó a moverse, a mirarse los unos a los otros. Y alguien expresó en voz alta lo que muchos estaban pensando:

—¡Un atentado!

Se oyó un sollozo.

—¡Anarquistas!

La bomba del Liceo permanecía acechante en la memoria colectiva. Las butacas de los fallecidos habían permanecido años sin ser ocupadas, muchos preferían elegir la izquierda que la derecha pues allí había sido donde habían caído las bombas. Tal vez hubiera entre ellos un nuevo Santiago Salvador, otro anarquista, y qué mejor ocasión que aquella en la que disfraces y máscaras ofrecían un anonimato consentido. El año anterior Barcelona había quedado sumida en atentados de dudoso origen.

Dos hombres entraron rápidamente en el escenario desde las bambalinas, Albert Bernis y Francisco Carcasona, ambos con caras atribuladas.

A Victoria le faltaba un guante, y la mano desnuda aferraba algo de un color rojo oscuro e intenso que parecía tener una pulsación propia. El doctor Feliu abrió con cuidado los dedos y vio que sujetaban una alhaja. Perplejo, dijo:

—Dios mío, es... es... el rubí de los Cardona. Hace años que se creía desaparecido.

Requesens miró alrededor. No había sangre. La zona del catafalco que no era visible para el público tenía una escalera para que Teresa pudiera descender de ella con facilidad una vez acabada la obra. Más allá se encontraba el gran lienzo de la escenografía. Requesens miró hacia uno y otro lado y hacia arriba. No había nada que indicara que alguien pudiera estar escondido, esperando para actuar de nuevo. El cadáver de Victoria se hallaba en una posición respetuosa e incluso la falda parecía haber sido doblada con cuidado.

No tenía sentido.

La gente se dirigía hacia las puertas y a pesar de que Requesens había ordenado que no se moviera nadie el murmullo de los pasos era imparable. El hombre vestido de bruja estrafalaria apareció también en el escenario junto a Lo Jaumet, vestido de arlequín, y aquello no hizo más que aumentar la irrealidad de lo que estaba sucediendo. Lo Jaumet empezó a santiguarse, Manolo Martínez se quitó el sombrero de tres picos y dejó ver un cabello gris corto, muy corto, la mirada de rabia, de es imposible que esto esté pasando. Albert Bernis se mostraba tembloroso, desasosegado, con la irritada

expectación de quien se ve excluido de una fiesta celebrada en sus propios dominios.

En platea alguien echó a correr, y luego dos personas más. Varias gritaron y la masa se descompuso en estampida.

Carcasona empezó a dar órdenes con autoridad a los mozos y a los porteros, que se habían acercado al escuchar el silencio súbito de música y voces.

—¡Dejad salir!

Requesens le retuvo por el brazo. Carcasona lo miró y con cautela le dijo:

—Es imposible retener a tanta gente.

Y Requesens, al ver la platea, se dio cuenta de que Carcasona tenía razón. Era imposible retener a aquella multitud que se agolpaba hacia las puertas y gritaba. El afán por recuperar abrigos se mezclaba con el ansia de salvar la vida entre empujones. Y Requesens fue dolorosamente consciente de que quien hubiera cometido el crimen ya habría abandonado el lugar, pues habría aprovechado la confusión para escapar.

—¿El coro, Teresa y las sastras están en los camerinos? —preguntó de pronto Carcasona a Bernis.

—Ordene que no se muevan de allí y que no salgan hasta que les demos aviso —dijo Requesens a Carcasona.

Un mozo del Liceo se había acercado con discreción:

—Joaquín, busca a Fanny, Luisa o María, que vayan las que puedan a los camerinos del coro y avisad de que permanezcan allí.

El suelo estaba lleno de restos, máscaras, guirnaldas pisadas y copas vacías. Quedaron los músicos, el director de orquesta, los acomodadores, los mozos, los porteros, las mujeres de los lavabos, y todos ellos les miraban desde la platea esperando alguna indicación. Requesens levantó un poco más la mirada y vio los palcos vacíos, a excepción del de proscenio, en el que los barones de Maldà permanecían de pie con actitud senatorial a pesar de sus disfraces.

Carcasona dijo:

—Recojan las mesas, las botellas, barran los cristales, limpiemos el suelo. Mañana el teatro tiene que seguir funcionando y hoy va a ser una noche larga.

Y luego, en voz baja, le dijo a Albert Bernis:

—Señor Bernis, los músicos esperan órdenes tuyas.

Pero Albert Bernis no contestaba, miraba el cadáver como quien mira desde puerto un barco que ha zarpado sin él.

Entró Xavier Soriano, el portero principal, seguido de dos municipales que habían conseguido abrirse paso entre la multitud. Requesens le dijo a uno de ellos:

—Avisen a la comisaría de Conde del Asalto y que vengan quienes estén de guardia. Avisen también a Jefatura. Tenemos que registrar el teatro.

Su voz resonaba extraña en el teatro vacío.

El Maestro Nicolau, al no recibir ninguna indicación de Bernis, pensó que lo mejor que podían hacer era lo mejor que sabían hacer. Se volvió y, tras unas indicaciones, la orquesta empezó a tocar la marcha fúnebre de *Música para el funeral de la reina Mary*, también de Purcell, una pieza sencilla pero increíblemente majestuosa.

Y Casandra, olvidada por todos, de pie en uno de los palcos de luto, apenas un adminículo dentro del escenario que en los próximos años sería su palco, miraba el catafalco sin rencor, pero con una expresión de doloroso asombro que era un reproche dirigido contra el orden mismo de las cosas.

El vértigo de la muerte había aparecido de nuevo en el Liceo. Y no sería la última vez que lo hiciera.